

CUARTO MISTERIO DOLOROSO

Jesús con la cruz auestas camino al Calvario.

Del santo Evangelio según san Marcos (Mc 15, 21-22).

«Y obligaron a uno que pasaba, a Simón de Cirene, que volvía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, a que llevara su cruz. Lo condujeron al lugar del Gólgota, que quiere decir de la "Calavera"»

Oración introductoria

Señor Jesús, nos disponemos a recorrer el camino del Calvario que tú hiciste por amor a cada uno de nosotros, por la salvación del mundo.

Ayúdanos, Señor, con el don de la fe para descubrir la grandeza de tu generosidad. Danos, Señor Jesús, la esperanza de saber que nuestros pecados no son la última palabra, sino tu perdón y tu paz son la gracia más grande.

Petición

Jesús mío, concédeme reconocer mi miseria y mi cansancio, para que recurra sólo a Ti, que eres fuente de Gracia y de perdón. Haz que te busque a Ti y que seas sólo Tú mi quieto Rincón de descanso y consuelo durante mi jornada.

Madre Nuestra, que acompañaste a tu Hijo sufriente, concédenos un amor grande a lo que Él amó camino del Calvario y un desprecio sincero de lo que rechazó, así seremos semejantes a Él en la tierra y alcanzaremos la Vida Eterna.

Meditación

En tiempos de Jesús, los condenados a morir crucificados debían cargar con la cruz hasta el lugar del ajusticiamiento. Y, mientras el madero vertical era previamente colocado sobre el suelo, en el lugar de la crucifixión, el madero horizontal ("patibulum") era cargado por el mismo reo hasta el lugar donde se ejecutaba la condena.

Jesús apenas le quedaron fuerzas para cargar con la cruz. Había sido flagelado brutalmente con látigos especiales que desgarraban la piel y provocaban una gran pérdida de sangre. Se sabe que algunos condenados no lograban sobrevivir al tormento. Por eso, no es de extrañar que los romanos tuvieran que echar mano de uno de los presentes, Simón de Cirene, para que ayudara a Jesús, tremendamente debilitado, a cargar con la cruz.

La Virgen María presenció el paso tambaleante de su Hijo, desfallecido bajo el peso aplastante de una injusta cruz. El cuarto misterio doloroso del santo Rosario nos invita a unirnos a Ella para contemplar, desde sus mismos ojos, y desde su mismo corazón, a Jesús que avanza lentamente hacia el Calvario, cargado con la cruz.

¡Qué difícil es cargar con las cruces que no merecemos, pero que las circunstancias de la vida, o el pecado de nuestros semejantes, descargan sobre nuestros hombros! En esos momentos, se hace preciso que contemplemos, una y otra vez, la mansedumbre y la caridad de Jesús. De Él aprenderemos a ofrecer al Padre nuestra fidelidad, aún en medio del misterio de oscuridad y dolor que envuelve nuestras experiencias de cruz: una enfermedad grave, la pérdida del puesto de trabajo, la muerte de un ser querido, el dolor de una calumnia, la injusticia padecida, la ingratitud de quienes no supieron agradecer el bien que les hicimos...

Contemplando a Jesús descubrimos que en el misterio de la cruz el Señor nos deja un bien que nadie más nos puede dar, como nos dice el Papa Francisco: “Nos da la certeza del amor fiel de Dios por nosotros. Un amor tan grande que entra en nuestro pecado y lo perdona, entra en nuestro sufrimiento y nos da fuerza para sobrellevarlo, entra también en la muerte para vencerla y salvarnos. En la Cruz de Cristo está todo el amor de Dios, está su inmensa misericordia. Y es un amor del que podemos fiarnos, en el que podemos creer.”

La cruz nos asusta; su simple nombre de una sola sílaba abrumba; y si es así, es porque durante nuestra vida hemos cargado la cruz sin Cristo.

La verdadera cruz es la de Cristo, la que Él nos regala y la que nos ayuda a llevar volviéndose nuestro Cirineo, una cruz para cada día, porque Él dijo: “Bástale a cada día su afán.”

No vas solo cargando tu cruz. ¿Has podido llevar la cruz de este día? Sí has podido. Así podrás llevar la de mañana y la de pasado mañana; la mano que hoy te sostuvo te sostendrá mañana y hasta el último día, que también será un solo día.

No te hagas el gigante del Calvario, lleva la cruz que te dan, no la que tú te fabricas; llévala con amor, con mucho amor, y pesará menos: cuanto más amor, menos peso; y mira a la cima del Calvario: De ese Árbol bendito penden los frutos que más anhelas: la santidad, la salvación de innumerables almas, el cielo eterno.

Toma esa cruz con más amor; mira al que va delante, y ya no vuelvas la mirada atrás; pero, si miras, verás que detrás de ti, cayendo y levantándose, luchando duramente, amorosamente por seguir en pie, vienen miles de hermanos tuyos con su cruz a cuestas.

Y ojalá nosotros también aprendamos, del gesto de Simón de Cirene, a acercarnos a quienes caminan agobiados bajo el peso de su cruz, y ayudarles, aunque no forzados, sino de buena gana. Sabiendo que todo el bien que podamos hacer al hermano que sufre, Jesús nos lo premiará como si lo hubiéramos hecho a Él mismo.

Propósito (unos momentos en silencio para propósitos personales)

Buscaré unos minutos de oración al final del día para poner en manos de Cristo mis trabajos y preocupaciones y para pedirle la paz del corazón y el descanso para mí y para todas las personas que me rodean.

ORACION

Te agradezco, Jesús, que me recuerdes que el único camino para alcanzar la santidad es la cruz. Por la cruz y desde la cruz me enseñas que ése es el itinerario que me puede llevar a la santidad. Permite que salga de esta meditación decidido a cargar mi cruz, con convicción y, sobre todo, con gran amor, pues sé bien que todo lo que sucede en mi vida es una muestra amorosa de tu singular predilección.

Ayúdanos, María, a poner por obra lo que han visto y contemplado los ojos de nuestra alma: que andemos siempre en camino de conversión, sepamos abrazar con paz la cruz de cada día y seamos valientes testigos de la paz que otorga el Señor a los que esperan en Él.

